

Leyendo a Manuel Díaz Martínez

EL TEMA QUE MÁS ME ATRAE EN LA POESÍA DE MANUEL Díaz Martínez es la nostalgia propia del hombre maduro obligado a dejar su tierra. Decía en su tiempo Miguel Ángel Asturias, basándose en su propia experiencia, que en el destierro los años pesan más. Es lo que se nota fácilmente en Díaz Martínez, en la evocación de su familia y en la misma añoranza-entusiasmo con que evoca lo cubano. Cierta desesperación ya se encuentra en «Dígame el hombre», de *Vivir es eso* (1968), anhelo de que el hombre «pueda entrar y salir, / reconocerse», en la disimilitud que hay entre la realidad aparente y la verdadera sustancia; en «Epitafio», del mismo poemario, la palabra escrita no puede sustituir una realidad fundamental del hombre, la repetición infinita de una historia y la constatación de su inconsistencia. De modo que

Es inútil escribir un epitafio,
hilvanar una leyenda que será repetida
con gravedad
y que ha de ser, nada más, la sombra menos fiel
de nuestro cadáver.

A la luz de este sentimiento se explica la adhesión del poeta al gran cantor de nuestra consunción, Francisco de Quevedo, cuya poesía tanto influjo ha tenido, y tiene, entre los poetas hispanoamericanos del pasado y del presente. Tema que en varios momentos he investigado¹ y para el cual Díaz Martínez proporciona nuevos motivos en «Convite de Don Francisco de Quevedo», siempre del citado poemario. Lo preceden poemas evocativos de sus familiares: «Para siempre es ido mi abuelo Pedro Martínez», «Funeral de Manuel Díaz Torres, mi abuelo», «Mi madre, que no es persona importante». Los domina todos una filosofía sin dramatismo, matizada tiernamente más bien por el afecto, que pone de relieve, con la ausencia, la serena aceptación del evento, tanto por los protagonistas

Giuseppe Bellini

como, naturalmente, por la máquina del mundo, inmutable en su recorrido. Dirá evocando al abuelo Manuel:

A su origen regresa el claro viejo.
La lluvia en sol sobre la tumba fulge
y anuncia la más joven primavera.

Una ternura todavía más intensa domina la evocación que hace el poeta de su madre, todavía en vida cuando él escribe. Mujer sencilla, sin importacia para los demás, insustituible para su hijo:

No importa si estás viva o si estás muerta:
nunca perderé tu imagen en el polvo
al que van cayendo mis pupilas,
que acabarán por descubrirte, entresacarte, iluminarte
donde ya mi piel no toque fondo.

Aquí tampoco hay acentos desesperados, sino la conciencia de que la vida es un tránsito sobre la tierra y la afirmación cierta de un reencuentro: «La eternidad se extiende entre tú y yo y nos enlaza».

Muy lejos está la desesperación de la nada cantada por Octavio Paz en «El ausente», de *Libertad bajo palabra*², donde el polvo, representa el estadio último del ser creado. El poeta mexicano canta dramáticamente, en «Polvo», un destino de «horas inasibles» que «son ceniza», y en «El ausente»³ a un Dios «vacío», «sordo» y, sin embargo, necesario: «Dios mío».

Díaz Martínez, al contrario, acepta con serenidad la permanencia: dirigiéndose a su madre, dice: »piensa que nunca acabarás aunque te mueras». Y si Octavio Paz seguía a Quevedo por ese sentido de la disolución de todas las cosas, negándose, sin embargo, a aceptar su fe en un más allá que no fuera reintegración del hombre, con la muerte, en la máquina del mundo, el poeta cubano, en «Convite de Don Francisco de Quevedo», al final del singular encuentro entre un viviente y una sombra, se abraza a su amado poeta, aceptando por completo su interpretación fideísta: «Seremos amigos después de este convite / don Francisco de Quevedo y yo».

Por otro lado, Díaz Martínez comparte con el poeta castellano, también, en el recuerdo de su abuelo Pedro, el sentido dramático del universal desgaste. Lo cantaba igualmente Neruda, influido por Quevedo, en «La calle destruida», de la segunda *Residencia en la tierra*; pero en don Manuel no se trata de un evento pasivo, fatal, sino que lo originan elementos vivos, no la irremediable destrucción del tiempo. Del abuelo

Royendo está su casa con balcones
la dentadura fría de los nortes;
su cuerpo es devorado por el agua.

La filosofía se funde con la nostalgia por el pasado, los afectos, el paisaje. Cuba es para el poeta un reino maravilloso, siempre presente, como puede verse en la «Oda con noticia mitológica y lírica receta», de *Mientras traza su curva el pez de fuego* (1984).

Se trata, como indica el poeta, de una «bromita para un banquete que no se dio», y luce en este poema la maravilla del mundo natural cubano a través de sus frutos y el arte culinario, rivalizando Díaz Martínez con Góngora por lo selecto, lo vital y cubano del lenguaje, la inserción en un clima alto, el del propio Olimpo, residencia de los dioses, para significar la excelencia de una Cuba «portentosa», «toda Olimpo por su geografía».

La memoria del lector va, instintivamente, por el entusiasmo compartido, al espléndido bodegón de frutos cubanos, fuente de embriagadores aromas y sabores, que Alejo Carpentier inserta en su novela *El recurso del método* y que, en París, provoca irresistible añoranza tropical en el depuesto dictador⁴. La autonomía del poema de Díaz Martínez queda sin discutir: es suficiente esta composición lírica semiburlesca para que la poesía cubana merezca un puesto de honor cerca de las *Silvas* de Andrés Bello, por la exaltación de la maravilla natural del mundo americano.

La vida presenta otros momentos menos felices. La muerte acecha siempre detrás de la puerta. Se explican, así, los sentidos «Versos a una mujer difunta», del poemario citado, que si confirman la creencia del poeta en una eternidad, indican también el peligro del olvido: «Otra vida tendrás, si te recuerdan. / Otra muerte, más honda, si te olvidan».

Por el título no deja de llamar la atención el poema «Flores amarillas». Neruda titulaba una de sus odas «A unas flores amarillas», contemplando, en su paseo junto al mar, la extrema y delusiva posibilidad de que su vida renaciera en ellas. En el poema de Díaz Martínez, en el que hay otras flores distintas, el drama no implica su futuro personal después de la muerte, sino el de la mujer querida, que el poeta evoca en el trayecto de dolor que la llevó a la tumba, intentando reconstruir, sin lograrlo, la figura de ella, en contraste con el viento y el «verde júbilo de las ramas vivas», sintiéndose perdido:

¿Y en qué lugar del viento estoy? ¿Y dónde
el que sufría junto a ti, dónde encontrarlo
entre tantos ramajes inocentes
que se agitan y lanzan a la hierba
sus flores amarillas?

La dimensión reflexiva domina el poema, y lo hace vivo el dolor de la ausencia. La vida, se sabe, es un eterno adiós: todos pasan dejando su huella sólo en el recuerdo de quienes los han amado. Por eso el poema «Esos adioses breves», que desarrolla originalmente el símbolo recurrente de la rosa. Dedicado a la poetisa Dulce María Loynaz, los versos, que contemplan una rosa desfalleciente y dos personas, el autor y la poetisa, «enlazados por el

mismo silencio», profundizan la dimensión de esos adioses, representados por los pétalos de la flor que van cayendo.

El clima íntimo se repite de poema en poema. El poeta ha ido acumulando en el tiempo experiencias, felices e infelices, ha viajado a otros continentes, antes de establecerse en Canarias, y ha ido elaborando un mensaje profundo, que conquista al lector reflexivo.

1 Cfr.: Bellini, Giuseppe; *Quevedo nella poesia ispano-americana del '900*; Editrice Viscontea, Milán, 1967 (trad. castellana ampliada, *Quevedo en la poesía hispanoamericana del siglo XX*; Vallejo, Carrera Andrade, Paz, Neruda, Borges; Eliseo Torres & Sons Editores, Nueva York, 1976); Íd., *Quevedo in America*, (Caviedes; Sor Juana); La Goliardica, Milán, 1966.

2 Paz, Octavio; *Libertad bajo palabra. Obra poética 1935-1958*; Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

3 Íd.

4 Cfr: Carpentier, Alejo; *El recurso del método*; Siglo XXI, México, 1974. p.314.



Gusanita triste.
Óleo sobre lienzo, 43,1 x 48,2 cm., 1968.
Colección Dr. Sergio González Arias y Sra.